

La correspondencia
al administrador
DON EUGENIO GIORGI.

EL JARDIN,

ADMINISTRACION
calle de San Mateo
núm. 22, Madrid.

RAMILLETE SEMANAL DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

DIRECTOR, D. ANGEL MONDEJAR Y MENDOZA.

Año I.

Domingo 30 de Setiembre de 1866.

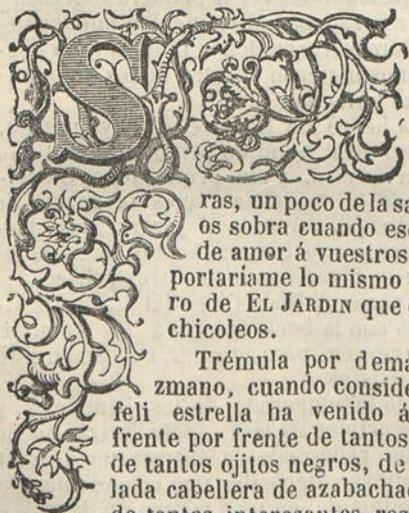
Núm. 4.º

SUMARIO.

Revista de la semana, por Carlos Moreno Lopez —
De la agricultura, por Miguel Vielsa.—*Hipócrates*,
(reseña biográfica.)—*La virtud y la ciencia*, por don
Francisco Luis de Retes.—*Un día feliz*, por don
Antonio Rotondo.—*Epigramas*.—*Pensamientos*.

REVISTA DE LA SEMANA.

Un temor y una falsa suposición.—El alma del mundo.—Cuatro figuras históricas.—*Mi desideratum*.—Programa.—Una noticia fresca.—Las fêrias de antaño y las de ogaño.—Rossi.—Los Bufos.—El circo ecuestre.—Arte y artistas.—Música clásica.—Barbieri.—Último concierto.—Lo que siente el alma.



Si yo tuviera, bellísimas lectoras, un poco de la sandunga que os sobra cuando escribís cartas de amor á vuestros nóvios, importariame lo mismo ser revistero de EL JARDIN que deciros dos chicoleos.

Trémula por demás anda mi zmano, cuando considero que una feli estrella ha venido á colocarme frente por frente de tantos ojos azules, de tantos ojitos negros, de tanta ondulada cabellera de azabachados reflejos, de tantos interesantes rostros, en fin, que, ya apasionados é incitadores, ó bien languideciendo con dulcísima melancolía, son siempre rostros de mujer y por ende ha de pintarse en ellos ese encantador afan de escudriñar oscuridades que en vosotras se llama *curiosidad*.

Curiosas debeis estar por conocerme; quiero al menos suponerlo así, quiero empezar fingiéndome esa ilusion y partiendo de suposición tan halagüena y de una ilusion tan peregrina, podeis

figuraros, hermosas mias, lo que pasará dentro de mi alma.

¿Como adivinar vuestros gustos en materia de estética, cuando suelen manifestarse en vosotras, tan caprichosos, tan variados, tan contradictorios y multiforines? ¿Cómo sondear vuestro corazon femenino para armonizar mis sentimientos con sus latidos, cuando ese corazon es un abismo insondable que guarda entre sus menudos pliegues impulsos elevados, pensamientos tan grandes, chispas de luz tan brillantes, que de época en época destellan misteriosamente en las profundidades de la historia del mundo rodeando con su aureola gloriosa las grandes figuras de Judit, Saffo, de Juana de Arco y de Isabel la Católica?

Ardua tarea, difícil empeño es, en verdad, el mio, pero que no por lo difícil y árduo me sea ya dado retroceder y arrepentirme y soltar la pluma con desmayo, exclamando: «¡tío yo no he sido!»

Si yo os digo que soy ignorante y feo, vuestras boquitas dibujarán un lindo mohin y me llamareis *tonto*.

Si, al contrario, miento á todas luces asegurándoos que soy un guapo mozo y poseo todas las dotes imaginables para agradaros, dudareis de mi modestia y es seguro que me tildais de *presumido*. ¿Qué hacer, pues, en tan difícil disyuntiva?

Lo mejor es, queridas mias, que vuestra amabilidad me acepte tal cual yo sea, tal cual soy, como ya no puedo dejar de ser, como le convenga particularmente á cada una de vosotras; con esto quedaré por demás lisongeado; así logro complaceros á todas, porque es la única solución que podíamos darle á nuestro problema y alcanzo al mismo tiempo mi gran *desideratum*.

Ya me conoceis, pues, mediante este tácito convenio: solo me queda añadir que, de hoy mas, vosotras y yo hemos de caminar siempre unidos (perdonadme la figura) como las flores y el tallo, aunque nuestra intimidación sea puramente relativa, moral y hebdomadaria.

A la revista habreis de acudir seguramente, si quereis saber lo mas nuevo, lo mas curioso, lo palpitante que suceda dentro del circulo social en que vivimos.

Juntos recorreremos calles y plazas; juntos pasaremos los aristocráticos bosques de la *Castellana*, juntos tambien las solitarias alamedas del *Buen Retiro*; y en calles y paseos, en conciertos, iglesias y teatros, ora escuchando las discordan-

tes notas de un violín, no Stradivarius, atormentado por la soñolienta mano de ese rapaz que públicamente grita

«...pero las rubias me gustan más»

(gusto que, entre paréntesis, aplaudo porque está al mismo diapason que el mío) ora, prosigo, embelesados con una melodía de Bellini, ó abstraídos en el templo con el génio de Mozart, en todas partes hemos de encontrar algo que nos choque, algo que nos divierta, algo que nos guste, mucho que aplaudir, no poco que censurar, ocasiones de reirnos y también, por desgracia, ocasiones de derramar una lágrima de amor sobre la virtud, la honradez y el talento, olvidados, abandonados, proscriptos en la abyección más espantosa como infecto polvo de esta moderna sociedad, sobre el que se levantan con irritante altanería bastardas pasiones, inmundos vicios, ódios, intrigas, desmedida ambición, el becerro de oro, en fin, insultando á la indigencia.]

No creais por lo dicho anteriormente que nuestras revistas han de escribirse solo con lágrimas, no; tan lejos está eso de EL JARDIN como de vuestros deseos y de mi carácter. Comprendo perfectamente los sentimientos que abrigais hácia la desgracia, buenos y piadosos siempre, que al fin los inspira el corazón de la mujer; y aunque esto no obste, bocetos haré únicamente, y quédense los grandes cuadros para más superiores inteligencias. La misión nuestra se concreta á buscar llagas sociales: otros, si pueden, se encargarán de cicatrizarlas.

Doy punto á este proemio para tratar de que nuestro artículo lleve algún colorido de revista.

Una noticia tengo que daros, amables lectoras, pero una noticia fresca. Estamos en plenas ferias, y por consiguiente, ha llovido. Si os parece algo forzada la consecuencia, os convencereis de que es muy natural con solo recordar que siempre llueve por ferias.

Hemos tocado, en fin, esta época del año en que entrándose de rondón el sol por el signo de *Libra*, cede de hecho la atmósfera abrasadora que pesa sobre la buena corte de Madrid durante el estío, para hacer lugar á la apacible y grata que es patrimonio de las ferias madrileñas.

Permitidme una pregunta á propósito de ferias.

¿Son las ferias de hoy las mismas de antaño? ¿Las mismas que obstruían, estendiéndose como un aluvión exhumado de las pasadas generaciones, calles, plazas, plazuelas y pasadizos, ofreciéndonos aquel conjunto original, abigarrado, *sui generis*, verdadero pandemonium en que se abrazaban, se mezclaban y confundían todos los tipos de la sociedad y todas las edades del mundo?

Seguramente que no; seguramente que si en todo hemos progresado, las ferias de Madrid llorarán siempre este progreso, negativo para ellas, que las ha enfilado á lo largo de un paseo como soldados en formación, quitándoles su verdadero y especial carácter, sus fueros conquistados lustro tras lustro, su libertad de sentar sus reales don le más cómodo les parecía.

Hoy, lectoras, para dar una vuelta por las ferias, teneis que ir hasta un sitio lejano y apartado del centro donde antes bullían, retorciéndose, codeándose y estrujándose miles de personas que paseaban la calle de Alcalá por el solo placer de que las retorciesen, las codeasen y les aplastaran los callos.

Aquello era la verdadera animación, el verdadero caos de conversaciones, de risas, de murmullos, de gritos de vendedores y llantos de chiquillos; aquella, en una palabra, era la verdadera y selecta feria de Madrid, que hoy languidece y enferma entre una iglesia y un hospital y teniendo por perspectiva el cementerio de la puerta de Toledo. Si Dios y el gobernador no lo remedian, las ferias de Madrid morirán por consunción.

A otra cosa.

Habreis visto á Rossi, supongo, y habreis admirado su talento de artista, representando las terribles escenas del *Hamlet* y del *Otello*.

Y para que lo cómico vaya siempre al lado de lo sério, para que en todo subsista esa ley de las compensaciones, verdadero balancín del mundo físico y del mundo moral, para que haya en todo luz y sombra, alegrías y pesares, carcajadas y lágrimas, habreis oído hablar también, cuando menos, de los Bufos Madrileños, modernísimo título con que se nos entra por las puertas de la patria una no menos moderna literatura.

A lo que dicen, ha tenido un gran éxito la compañía que rije el Sr. Arderius y el festivo, el chispeante Blasco, un triunfo nuevo que añadir á los que ya se ha conquistado con su fácil pluma. Sea para todos enhorabuena.

Nosotros intentamos ver la primera representación, pero nos salieron al encuentro unos cuantos revendedores ofreciéndonos billetes á un precio tal, que nos hicieron apartar de los bufos poco menos que bufando.

Cuando la fiebre de la novedad haya pasado, llevaremos nuestra humilde persona al antiguo teatro de Variedades, y sin pretensiones de críticos, con toda la modestia que es la norma de nuestra condicion, veremos y juzgaremos desapasionadamente aquel espectáculo, como de los demás que nos vayan dando los otros coliseos.

Por otra parte, el lindo Circo del Sr. Rivas sigue teniendo con la boca abierta á los *amattori* que á él concurren, para admirar las gracias de las hipicas artistas.

Ha llegado la temporada de los beneficios, y sería casi un crimen de lesa... caballeriza, no ir con el corazón rebosando de entusiasmo á batir calurosas palmas y depositar una ofrenda de admiración, traducida en una corona de laurel, á los pies... del caballo que sustentó en sus lomos un cuerpo femenino que salta airovas bandas, cintas, aros y panderetas de papel.

Si tales lauros se tributan á la equitación y á la gimnasia, ¿qué queda, decidme, para Murillo y Cánova, para Cervantes y Haydn?

¿Qué les ofrecemos á esos artistas verdaderos que tan admirablemente interpretan en la escena nuestros clásicos y nuestros poetas contemporá-

neos, las divinas melodias de la música italiana ó las profundas y filosóficas concepciones de los grandes maestros alemanes? Haysiquiera lugar de comparacion entre una pirueta y una sola frase de nuestro Julian Romea? ¿Entre una compañía de volatineros y un conjunto de músicos dirigidos por la batuta de Barbieri?

Al pronunciar este nombre, tan simpático ya para el pueblo de Madrid, se abre ante nosotros un mundo de poéticos y dulcísimos recuerdos, pero recuerdos grandes, imperecederos, *saturados*, por decirlo así, de la esencia melódica de su orquesta.

Barbieri, con su conciencia de artista, con su gran perseverancia, con su trabajo asiduo y siempre laudable, nos ha abierto un horizonte que la mayoría del público no conocia siquiera, y del que pocos, muy pocos, tenían la dicha de entrever los resplandores.

—Yo haré apreciar en lo que vale la música alemana—dijo para sí el maestro—y no se equivocó.

Comprendió que al pueblo español le faltaba algo, se lo dió y ese pueblo, entusiasta de lo bueno y de lo bello, le respondió agradecido con atronadoras salvas de aplausos.

De aquí nacieron los conciertos Barbieri.

Terminaremos este artículo con un ligero exámen del último de aquellos, celebrado en el teatro del Circo el pasado domingo á beneficio de la Sociedad Artístico-musical de socorros mútuos.

En verdad que no pudo tener mejor conclusion la semana, ni los citados conciertos mejor clausura.

Nicolai, Haydn, Beethoven, Méhul, Rossini, Mendelssohn y Thomas fueron los grandes maestros que escuchamos aquella noche memorable en los anales del contrapunto.

Memorable, porque fué una verdadera solemnidad musical, que el público, atónito, escuchó con religioso recogimiento.

Sentía allí el alma una fruicion misteriosa, como si una voz de los cielos le penetrara ó un rayo de gloria la hubiese iluminado con los resplandores eternos. Vióse festejada por las juguetonas notas del *allegretto scherzando* de Beethoven: acariciada, adormecida, besada dulcemente por el raudal de melodias que inspiró Dios á Haydn en la sinfonia en *do*; riendo y llorando y sintiendo juntos todos los pesares de la tierra y gozando en éxtasis todas las alegrías del Cielo.

De la ejecucion nada diremos. ¿Queda, por ventura, algo que decir? Con recordar tan solo que de las nueve piezas anunciadas se hicieron repetir cinco y que las cuatro restantes no se repitieron, gracias á que una parte del numeroso auditorio cayó en la cuenta de que los artistas no eran ángeles, con recordar esto basta para hacer la apología de la orquesta.

Al terminar el *allegretto*, arrojaron al escenario una preciosa corona de laurel con cintas blancas, ni mas ni menos que la que la noche anterior vimos ofrecer á una *ecuyére* del Circo.

¡Comparad, hermosas mias, méritos y ofrendas y, con la mano sobre el corazón, decidme si

no es viciosa esa tendencia de nuestro siglo á confundir y amalgamarlo todo!

Dispensadme, bellas lectoras, si he sido mas difuso de lo que me habia propuesto. En el domingo próximo volveré á tener la honra de saludaros, y no dudo que vuestra amabilidad pasará por alto cuantos defectos encontréis en esta y en las demás revistas.

Hasta el domingo, pues y he concluido.

Cárlos Moreno Lopez.

DE LA AGRICULTURA.

Sistemas empleados en ella.

II.

Ya digimos en el artículo anterior que la tierra ha de ser cultivada para aquellos que tengan mas interés en el aprovechamiento de los frutos que proporciona, y siendo estos los dueños, á ellos debe corresponder su cuidado y mejora, pero ya la falta de deseo, la poca afición á esta clase de trabajos, ya principalmente la carencia de capitales que poder emplear en su desarrollo, les ha hecho abandonar sus propiedades en manos de otros y celebrar ciertos pactos y condiciones mas ó menos favorables á la produccion y distribucion de la riqueza, segun el grado de trabajo que cada productor emplea, y la recompensa que les es debida por sus sacrificios.

En este vamos á ocuparnos en hacer un rápido exámen de algunos de los mejores sistemas de cultivo que podemos considerar bajo un punto de vista económico.

Se ha dicho que el sistema que ha debido preceder á todos ha sido el patriarcal, pues este no agotaba las riquezas de la tierra, sino que las hacia producir y las aumentaba, teniendo en cuenta el porvenir de los hijos, pero es muy probable sin embargo, que en los primeros tiempos no tuviese la agricultura gran desarrollo, puesto que se carecia entonces de lo mas importante, del capital.

El sistema patriarcal se llamaba tambien romano, pues se asegura que en su infancia este pueblo cultivaba los campos, y que por efecto de este cultivo las inmediaciones de Roma eran deliciosas. Pero hay que tener en cuenta que el estado antiguo lo era de guerra continua, de constante lucha; los vencedores se creian con derecho á la vida de los vencidos, pues esos enemigos menos tenían que combatir en adelante, sin embargo, se estableció la esclavitud; mas no se crea hicieron esto por humanidad, movidos por un sentimiento caritativo, sino que en aquella época, los hombres no podian ocuparse de la agricultura y demás artes mecánicas, pues hubieran tenido que desatender sus bélicas ocupaciones, de manera que por necesidad echaron mano de los vencidos, convirtiéndolos en esclavos para emplearlos en

aquellos trabajos á que no podian ellos dedicarse. ¿Qué diremos del cultivo de la tierra por medio de la esclavitud? Que es la peor de las instituciones, puesto que careciendo el individuo de libertad, de intereses, y de voluntad, no trabaja sino por la fuerza del látigo. Y sin embargo, el célebre naturalista Plinio decia que era menester ocupar los esclavos para mejorar el cultivo.

Ocupados los dueños en otros asuntos, no pudiendo estar al frente de sus tierras, ¿cómo es posible que destinasen un capital cuantioso á la fecundacion de sus propiedades? Esto sucedia á los romanos que abandonaban el cultivo de sus campos á estrangeros brazos que no trabajaban sino á efecto del látigo, impuesto casi siempre por otro esclavo que no se interesaba para nada en la propiedad de su dueño. Por estas razones, este sistema es contrario á la dignidad del hombre y está condenado por la moral y por la economía.

Los siervos sustituyeron á los esclavos, y esto fué un gran adelanto para la humanidad.

Durante la Edad Media esta institucion se señala mas que el tiempo de Augusto, y á los individuos que á ella pertenecen se les denomina siervos de corbea ó del terron adscripti glebæ. El siervo recibia del señor una parte de terreno de su propiedad, con la obligacion de que cultivase el resto.

Este sistema de cultivo estaba muy lejos de ser conveniente, pues teniendo el siervo que cultivar gran estension de terreno de su señor, no mejoraba su condicion cuanto mas trabajase; y además de esto era muy incierta su situacion, porque ¿qué capital podria invertir el siervo en el cultivo de la tierra? Ninguno, puesto que nada poseia, sus brazos únicamente servian para fecundarla.

En la Edad Media la servidumbre se mejora, pues á los siervos de corbea que pagaban con su trabajo, sustituyen los *tributarios* que lo hacian con frutos ó con dinero. El siervo tributario podia hacer en el cultivo lo que tuviera por mas conveniente, pues pagando su tributo ninguna otra cosa podia exigirle su señor; la suerte, pues, de estos siervos era preferible á los de corbea.

Pero esto no era aun suficiente, el cristianismo aspiraba á realizar mas completamente la fraternidad humana, y en tal concepto, preparaba la emancipacion de la servidumbre, así como habia llevado á cabo la de la esclavitud.

Los ciudades que constituian un núcleo de fuerza capaz de rechazar los abusos de la nobleza, contribuyeron tambien á la emancipacion de la servidumbre; así por medio de esta y de las comunidades se abolió tan degradante institucion.

Los *colonos parteros* siguieron á los siervos. El colono partero recibia de su señor la tierra y una parte pequena de su capital, teniendo en cambio la obligacion de dividir con él los frutos.

Estos colonos fueron conocidos en la antigua Grecia y tambien en Roma: existen aun en Italia, en algunas partes de España y en Francia.

Tiene la ventaja este sistema de que como el colono participa de los frutos, cuida y cultiva con mas esmero la tierra.

Con estas colonias han existido los *arrendamientos*, que se han generalizado desde que los cultivadores han ido haciéndose dueños de la propiedad. Al arrendatario importa poco y (esto es una contra para el cultivo) que en lo sucesivo quede ó no estéril la tierra, pues su objeto es esquilmarla, sacar de ella el mayor fruto posible. El propietario se aparta y cuida poco de su posesion, puesto que lo que él quiere es que se le pague el arriendo estipulado, siéndole indiferente lo demás.

Hay que tener en cuenta el mayor ó menor cuidado que el cultivo exige, la mayor ó menor duracion en producir, y así el cultivo de la viña, la plantacion de olivos no producen sino al cabo de cierto tiempo, y se ha de establecer diferencia con el de cereales que produce en seguida; á los primeros dicen que convienen las colonias parteras, pues en ellas huye siempre el colono de grandes gastos, pues habiendo de partir el producto sin tenerlos en cuenta si hace menos, tendrá mas ganancia.

Así, pues, el mejor sistema era que los arrendados durasen mucho tiempo, pues se interesa mas el cultivador.

Antiguamente existia una ley denominada de *posesion y tasa*, por medio de la cual el colono no podia ser despedido mientras pagase el arriendo; esta ley ha desaparecido, y en apoyo de ella decian sus partidarios que nada importaba que el colono fuera libre, si el propietario no tenia indirectamente bajo una dependencia absoluta; y esto lo evitaba la ley, impidiendo la despedida del colono.

Como hemos dicho, la ley de posesion y tasa no existe hoy, pues limitaba y ponía trabas á los derechos del propietario: esta ley no podrá existir, porque de ningun modo es verdadera propiedad aquella en que su dueño no puede disponer como mejor le acomode, hé aqui por qué aquella ley es considerada como un mal.

La ley debe dejar al colono y propietario en libertad, pues el interés del último, está en que los arrendamientos sean largos, y la esperiencia nos manifiesta que la suerte de los labradores va mejorando cada dia mas.

El contrato enfitéutico que es el último de que nos ocuparemos, es uno de los que tambien se han usado: en este contrato hay dos señores, el *directo* y el *útil*; el señor directo puede exigir del señor útil una cantidad anual, el señor útil aprovecha los frutos de la tierra y abona el dos por ciento de sus productos al señor directo, teniendo en caso de venta dependencia de él. Tiene este contrato el inconveniente de que no está prohibido al señor útil el arrendar las tierras, y entonces en vez de dos personas resultarían tres ó mas.

El contrato de enfitéusis usado por los romanos con el objeto de interesar á los labradores no puede establecerse en nuestro concepto de una manera general.

Miguel Vielsa.

HIPÓCRATES. (1)

Oscura en extremo es la vida de este padre de las ciencias médicas: hace mas de veinte y dos siglos que cruzó por el mundo.

Hipócrates, segun probables tradiciones, era médico, natural de la isla de Coos, de la familia de los Asclepiades.

Su reputacion habia llegado hasta la grande y sábia ciudad de Atenas.

Hipócrates fué un médico célebre, un profesor cuyas lecciones se buscaban con ánsia y un escritor de tanta autoridad que el mismo Platon no desdeñaba admitir sus ideas, razones y pensamientos.

La mayor parte de los historiadores refieren el nacimiento de Hipócrates al año primero de la Olimpiada LXXX, es decir 460 años antes de Jesucristo, 318 de la fundacion de Roma y 30 antes de la guerra del Peloponeso.

Sorano de Coos que redactó su biografía conforme á los manuscritos que halló en la biblioteca de esta isla, es mas explicito en determinar las fechas, añade que vino al mundo, bajo el reinado de Abriades, el dia 26 del mes Agriano, y que por entonces los habitantes de Coos ofrecian sacrificios en honor del célebre médico.

Hipócrates fué hijo de Heráclides y de Fenareta y descendiente por ambas lineas de Esculapio y de Hércules, por cuyo parentesco con este, se dice que le ligaban vínculos de sangre á los reyes de Macedonia.

Despues de haber recibido una brillante educacion, y algunas de las principales nociones de la ciencia, bajo la direccion de su padre, tambien médico muy célebre, pasó á Atenas donde fué discipulo del famoso Georgias de Leontino, conocido por el gran Sofista.

Hipócrates viajó por Larisa, Crandu, Aenus, Oemiades, Fera, Elis, Perintus, Taso, Abdera, Olimptus, Smirna, Scitia, la Libia y Delos, recorriendo despues toda la Grecia, parte del Asia de Europa, y del Africa.

Sus hijos Tésalo y Dracon y su yerno Polibio fueron tambien médicos de mucha celebridad.

Dícese que murió en la ciudad de Larisa, en Thessalla, la edad que tenia á su muerte ha sido y es muy dudosa, pues reuniendo todas las opiniones solo se puede creer en un número proba-

ble, comprendido entre 85 años y 109, segun tan varias opiniones.

Fué enterrado entre Gyrtona y Larisa en un sitio en que segun han asegurado algunos escritores, se manifestaba todavia su sepulcro.

Muchos son los libros que han llegado hasta nuestro siglo, amparados con su ilustre nombre, entre los que hay algunos que indudablemente le pertenecen, y otros que de fijo son obras de distintos escritores, entre los que figuran sus hijos y su yerno médicos de grande reputacion y fama, como ya hemos dicho.

La antigüedad ha perdido los medios de hacer una biografía detallada de esta gigante celebridad del mundo.

Como práctico profesor y escritor, gozó de la estimacion de sus contemporáneos; descendiente de una familia cuyo origen hacian subir hasta la edad heroica, le grangeó esta cualidad mas gloria de la que hubiera adquirido.

Hipócrates fué un génio, cuya inmortalidad y cuya gloria, han traspasado mas de 22 siglos.

¿Acaso no es este el mejor testimonio de admiracion que pudiera tributársele?

LA VIRTUD Y LA CIENCIA.

ODA MORAL.

Como la nave que aquilon azota
Y á impulso de la mar embravecida
Sin brújula y timon desecha y rota
En los espacios del Océano flota
La antes flámula erguida,
Así lanzada por la muerte artera
La miserable vida
Sigue anhelante la humanal carrera,
Cuando la ciencia con su rayo ardiente
No ilumina el camino,
Por do la empuja su ambicion vehemente,
Por do la arrastra su fatal destino.

Mirad al tierno infante, en áurea cuna.
O en miserable hogar, lanza el vagido
Primero, con que llama á la fortuna,
Quién sabe, cuando el término cumplido
Vea, si el mundo falso,
Mostrando á unos su amor, á otros su encono
Les habrá convertido
La cuna de oro en hórrido cadalso,
El miserable lecho en áureo trono.

Vedle despues, ya es hombre, las pasiones
Siente con vivo ardor, su pensamiento
Le lanza por incógnitas regiones,
Altivo y turbulento
Rompe el freno tenaz que le sujeta,
Y su ambicion inquieta

(1) Vease la fotografia que repartimos con el primer número.

No reconoce limite ni valla,
El ciego frenesí lleva por guía,
Ni riesgos teme, ni peligros halla,
Y el que ayer el dogal no resistía,
Hoy le impone, y ordena y avasalla.

La caduca vejez, trémula y fria
Llega despues, el íntimo latido
Del corazón no siente, cae la pompa
Con que Mayo gentil vistió la tierra,
Su aliento es un gemido
Suenan la eternidad su hórrida trompa,
Y un espantoso porvenir le aterra.

El vil metal conque compró sus galas,
Conque colmó el placer de sus sentidos,
El que fijó en sus hombros
Las poderosas alas
Que en su vida procaz le sublimaron;
¿Qué es hoy? restos, escombros,
De un alcázar gigante, vagos vientos,
Memorias de grandezas que pasaron,
Recuerdos de dolor, remordimientos.

¡Oh! sobre el lecho en que espirando yace
Aun tiende ansioso la crispada mano
Su salvacion buscando en su tesoro,
Poco es que el corazón le despedace
De la conciencia el misterioso arcano,
¡Comprará la conciencia con el oro!

Con él en otra edad de la inocencia
Rompió el púdico velo, fué el escudo
Que le libró del daño, con él pudo
Acallar el clamor de la conciencia.

Por él ciñó laureles á su frente,
Por él surcó los mares turbulentos,
Con él fundó su trono omnipotente
Por cima de cadáveres sangrientos,
El le dió su brillante poderío,
Pero, ¿por qué cuando su boca impía
Gritó al mundo asombrado, el mundo es mio
No dijo, no la eternidad es mía?

Muere infame, llegó tu hora suprema,
Bien clara ves la luz que Dios potente
Al nacer te mostró, luz que tu mente
Hoy debió iluminar, y que hoy te quema;
Muere, tal vez la humanidad menguada
Consagre á tu memoria
Con tus fieras hazañas consternada,
Una sangrienta página en la historia;
Mas tú verás trocada tu honra estrema,
En penas eternas,
En corona de fuego, tu diadema,
Y tus manos de púrpura en dogales.

No hay placeres, no hay gloria, no hay ventura
Sin ciencia y sin virtud, ellas el faro
Son que ilumina á la caverna oscura
De esta vida de eterno desamparo,
Sin ellas los inciertos
Pasos tendemos en la ignota vida;
Por áridas arenas, por desiertos
Siempre ansiando la luz del medio día,

Siempre buscando las galanas flores
De la felicidad y siempre undidos
En un piélago inmenso de dolores.

¿Porqué, insensatos, camináis perdi dos
Tras esa imágen ilusion liviana,
Sombra fugaz, que ofusca los sentidos
De nuestra ruin naturaleza humana.

No la busqueis; en el placer mundano
Mas alto pedestal, mas rico asiento
En su gloria la da, Dios soberano
Vedla en el sentimiento;
Que brota inmenso enardecido, puro,
De lo íntimo del alma, cuando un día
Burlando los caprichos de la suerte,
Al anciano prestais hogar seguro
Ó confundis á la calumnia impía
Mil veces mas horrible que la muerte.

Vedla en los verdes lauros que circundan
Las nobles frentes del Petrarca y Tasso,
En los rayos de luz en que se inundan
Los recuerdos de Lope y Garcilaso,
En el clamor inmenso, que pujante
Suenan en la eternidad y un nombre solo,
Graba de polo á polo
En la lámina eterna de diamante.

La virtud y la ciencia soberanas
A la ventura guían,
Dios en su almo saber las hizo hermanas,
Ellas las tempestades desafían
De ese encrespado mar, do nos lanzamos,
Ellas calman los fieros vendavales
Del árido desierto que cruzamos
Al pasar de la vida los umbrales.

El generoso aliento
Que en nuestras venas inflamado cunde,
El noble sentimiento
Que en nuestros corazones se difunde.
Hoy que á la ciencia altares erigimos,
¡Oh! plegue á Dios que brote
Y aumente y crezca, y formen sus raudales
Un mar de ciencia que jamas se agote.

Eso es lo porvenir de los mortales,
La ciencia y la virtud, allí se encierra,
Del rico don del mundanal anhelo,
La ciencia de la gloria de la tierra
La virtud la del cielo.

Francisco Luis de Retes.

UN DIA FELIZ.

POR DON ANTONIO ROTONDO.

(Continuacion.)

Al oír Dámaso que el casero le dirigía la frase de ¡beso á V. la mano! sin comprender del todo si era burla ó no, le contestó lo mas pronto que pu lo.

—Beso á V. la suya, Sr. D. Judas.

—Ya sabe V., continuó éste que me debe V. cinco meses de alquileres y este seis.

—Demasiado lo sé, dijo Dámaso soltando un hondo suspiro.

Pero el joven literato ignoraba que el casero había leído *La Esperanza* y no venia con ánimo de causarle un mal rato.

—No se alarme V. dijo este: no vengo á hablar de los alquileres, vengo á proponer á V. un buen negocio; si á V. le parece, tomaremos asiento.

Dámaso acercó una silla.

—Vengo á proponerle la adquisicion de esta casa, y como en este momento necesito dinero ó valores sobre la plaza para un cuantioso negocio que voy á emprender, le dejo á V. esta magnífica finca, casi acabada de construir y á toda ley por 75.000 duros, aunque hay quien me ofrece mas, pero prefiero á V. por ser ya persona conocida. Con que ¿hacemos negocio?

—Sr. D. Judas repuso Dámaso en un arranque de cólera, ignoro con qué derecho ha venido usted á burlarse de la situacion en que hoy me encuentro, y ha de saber V. que no toleraré por mas tiempo ese modo de insultar mi miseria. Puede V. retirarse cuando guste y estar persuadido de que á la mayor brevedad le será satisfecho todo lo que le debo.

Pero ningun efecto produjo la tal andanada en la fisonomía del casero; toda vez que sin alterarse y contemplando su elegante traje, contestó:

—Aquí no hay nada de burla, amigo mio, y para probar que es verdad cuanto le digo, solo deseo saber de una vez si acepta ó no mi proposicion; en la inteligencia que no exijo el dinero de presente, V. me dará el importe de la finca cuando quiera, pero firmemos el papel de compromiso por el cual ni V. podra volverse atrás de adquirir mi finca, ni yo podré venderla á nadie sino á V., aquí he traído yo estendido el escrito en papel sellado, firme V. y hemos concluido.

Demasiado sé, prosiguió D. Judas, que hoy se halla V. bastante apurado de recursos, por eso me atrevo á adelantarle un par de talegas para que pueda subvenir á ciertos compromisos que tendrá: «Y diciendo y haciendo, presentó D. Judas á Dámaso diez billetes de 4.000 reales que el admirado joven no quiso admitir. Visto esto por el obstinado propietario, dobló los billetes y los introdujo en uno de los bolsillos de la levita que Dámaso acababa de estrenar, y desdoblando el acto de venta lo estendió sobre la mesa, cogió una pluma, la puso en la mano del atónito joven, y éste sin saber lo que le pasaba, trazó su nombre y su rúbrica al pié del escrito. Pongámonos en el lugar de nuestro literato y nos hallaremos fascinados como él á la vista de aquel documento bajado, como suele decirse del cielo y que sin saber porque le constituía dueño de una de las mejores casas de Madrid: así es que el pobre Dámaso contemplaba la escuálida cara de su casero, con una especie de vértigo, recordóse de repente de todas las le-

yendas alemanas y hasta llegó á dudar si en aquel instante estaba firmando un pacto con el diablo.

Hubo una escena muda.

Marchó el casero; y Dámaso aspiró tal cantidad de aire en sus pulmones, que creyó haberse librado de la mas aterradora pesadilla.

Sentóse junto á la mesa donde acababa de celebrarse tan extraño compromiso, y apoyando su cabeza sobre las manos, trató de reunir sus desperdigadas ideas, y comenzó á darse cuenta de lo que le estaba sucediendo en aquel dia tan felizmente inaugurado.

Paseó su estraviada y febril mirada por los escasos y vetustos muebles de su habitacion, y cual si fuese el héroe de uno de los cuentos de las mil y una noche, presentábanse á su vista como otros tantos objetos de esquisito gusto. Creía hallarse en un suntuoso palacio, rodeado de criados de librea, sus sillas le parecían otros tantos divanes de terciopelo, la cortina de cuti, ya deshilada y sucia que en su ventana obstruía el paso á los rayos del sol, se le antojaba un rico pabellon de damasco, las estampas que tenia pegadas con miga de pan en las paredes de su cuarto, eran otras tantas producciones de Rafael, Velazquez y Murillo, la tinaja y el jarro con que saciaba su sed, eran á su vista una soberbia ánfora, procedente de Herculano, y una magnífica lámpara fállica de extraordinario mérito artístico y arqueológico, el cacho de espejo donde poco antes se atusaba el cabello reflejaba con la mayor pureza toda aquella magnificencia: su tintero de cuerno le parecia una preciosa pieza de Benvenuto Celini, sus plumas eran de agata oriental y una especie de alacena en que guardaba su frugal comida, se ostentaba á sus ojos como una magnífica y segura arca de hierro que guardaba clasificados muchos pedazos de papeles de color y multitud de trozos de metal acuñado, verdaderos agentes de nuestra felicidad.

Contaba y recontaba los billetes que le habia dejado el casero y como el tiempo todo lo arregla ó lo descompone, su cerebro fué poco á poco entrando en caja, y pudo conocer que no habiéndose trastornado su juicio en aquel último cuarto de hora, poseía una masa encefálica á prueba de alienacion.

Tal era el estado moral de nuestro joven, cuando se presentó en su cuarto nada menos que el Sr. Anselmo, el portero de la casa. Tenia éste su gorra en la mano, y hacia muchas y repetidas cortesías.

La imaginacion de Dámaso se iba ya acostumbando á las emociones y escéntricas escenas que aquel dia le proporcionaba: así es que lejos de admirarse al contemplar aquella estrambótica facha que le recordaba perfectamente la figura de un hombrecillo de madera y con el sombrero en la mano que habia visto moverse en el reló de una horchatería, hubo de comprimir una risotada. Y bien, necesitaba Dámaso de un momento de expansion, pues aunque el resultado de todo cuanto le pasaba, no podia ser mas satisfactorio, las circunstancias de que se hallaba precedido no eran por cierto, las mas

apropósito para mantener tranquilo su espíritu.

—¿Qué hay Sr. Anselmo? dijo Dámaso al portero.

—Nada, señorito, sino como tengo la costumbre de leer los periódicos que los repartidores dejan en la portería, al pasar la vista por *El Estado* llegó el cartero y me dejó esta carta para V. S. Con que tenga V. S. la bondad de admitirla mientras yo tengo la de entregársela. V. S....

—Basta, dijo el literato cogiendo algo brusca- mente la carta de la mano del portero, cuyo repetido tratamiento le iba ya cansando y llevaba trazas de no terminar.

—Estoy á los pies de V. S. y doy á V. S. la enhorabuena de parte de mi linda hija Paulina.

Este majadero, dijo para sí Dámaso, habrá sabido que estoy en trato para comprar esta casa, y de ahí nacerán todas esas cortesías y esos usias; temerá, sin duda, que le eche de la casa y comienza á adularme. Los porteros todos son iguales y poseen un tipo especial que los distingue de los demás vivientes. Todo lo averiguan, todo lo saben, menos lo que debían saber: saben hasta los garbanzos que tengo en mi puchero y tardan tres cuartos de hora en abrimme la puerta por la noche, saben mejor que yo las deudas que tengo, y no saben barrer las escaleras: incomodan á cuantos pasan por su chirivivil, preguntándole á dónde vá y no detienen al malhechor que sube, ni al que fingiéndose pobre de solemnidad viene á sacar con cera el molde de la cerradura, indisponen con su sempiterna charla á los criados con los amos, contándose si paran poco ó mucho en la casa, y se tragan los recados que vienen para los inquilinos, ni mas ni menos que si fueran píldoras de Holloway ó sus pomposos anuncios.

(Se continuará.)

EPIGRAMAS.

Viendo que el fuego, una casa
Magnífica destruía,
Un andaluz, cierto día
Esclamó con mucha guasa:
—¡Después de tantos dispendios
Irse á quemar! ¡Voto va!
¿Pues no dice allí que está
Asegurada de incendios?

V. Martinez.

Dióle á un mendigo Bartolo
Un pantalon destrozado,
Diciendo:—No lo he llevado
Sino dos veces tan solo.
—¿Dos veces? dijo el provete.
Y esclamó el otro:—Si á fe;
Pero una vez lo llevé
Seis años, y la otra... siete.

Pidióle á Narciso un día

El mentecato Gaspar,
Un libro donde encontrar
Reglas para la poesía.
—Ya está cumplido su intento,
Dijo al dárselo Narciso;
Mas lo que ahora es preciso
Es que busque usted talento.

M. Pastorfido.

Perdió apuntando Sotero
Seis doblozes en dos manos,
Y dijo muy placentero:
—¡Qué chasco le di al banquero!
Eran faltos de dos granos.

A. Ribot.

Preguntóle á un sordo Aurora
Con mucho interés y ahinco:
—¿Está buena tu señora?
Y él, no oyendo mas que el... ora
Dijo muy sério:—Las cinco.

J. B. Baldobi.

PENSAMIENTOS.

La filosofía no debe ser un edificio construido sobre el misterio para mirarle fácilmente, sin mas resultado que una distracción de la curiosidad.
(Victor Hugo).

Si la virtud y la modestia realzan los atractivos de una mujer hermosa, su belleza es superior á la magnificencia del firmamento; su sonrisa es mas deliciosa que un jardín de rosas; en sus ojos, mas dulces que los de la tórtola, se pinta la inocencia, y el candor de la verdad reside en su corazón.
(Gregory).

La fortuna tras la que corremos parece á la sombra que marcha con nosotros, nos huye si la perseguimos, nos persigue cuando huimos de ella.
(Proverbio Persa).

Hay mujeres que son bonitas teniendo los ojos torcidos, remangada la nariz, los labios gruesos, y poco pobladas las cejas, —¿Qué se encuentra, pues en ellas?—Espresion y gracia, que son mas hermosas todavía que la belleza misma.
(Esteban de Neuffville)

La probidad es necesaria á los hombres que viven en sociedad, porque de este modo pueden tratarse mutuamente con confianza, y lo es igualmente al hombre aislado y solitario, porque asi puede vivir en paz consigo mismo.
(Ciceron.)

Editor responsable D. JOSÉ DIAZ FERNANDEZ.

MADRID: 1866.

Imprenta, á cargo de don José Diaz Fernandez,
calle de S. Mateo, 22, bajo.